

SEGUNDA SERIE.

Sobre la educación.

(Predicadas en Medellín, Colombia, 1893.)

PRIMERA CONFERENCIA.

Ideas fundamentales sobre educación.

Qui suorum . . . curam non habet, fidem negavit et est infideli deterior.

1 Tim. 5, 8.

1. Á nadie parecerá extraño, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo, como impropio del tiempo y del lugar, el tema escogido para desarrollarlo en las presentes conferencias, *la Educación*. Es un tema eminentemente religioso y moral, aun más que social y filosófico, como fácilmente se comprende, y digno, por lo tanto, de ser estudiado á fondo por los fieles, y tratado por los oradores sagrados ante un auditorio puramente religioso y en presencia de la suprema autoridad eclesiástica de la diócesis, aun durante el tiempo de la santa Cuaresma, consagrado á la penitencia y la oración. Pluguiera á Dios que no hubiese tanta necesidad de exponer detenida y claramente la doctrina cristiana sobre la educación, como la hay de cumplir con esta parte de la ley natural y divina, tan importante para el bienestar de la familia y de la sociedad entera. Desgraciadamente entre aquellos mismos á quienes por naturaleza compete el deber de dirigir la educación, no son muchos los que la conocen suficientemente para poder llenar cumplidamente tan delicada misión. Y, lo que es peor todavía, son tal vez más en número los que rehusan con fútiles pretextos consagrar á tan grave asunto su atención. Y ¿no merece la de todos cuantos en algún grado se interesan por el bien común? Dígalo, si no, su importancia de todos reconocida y confesada.

2. Pero es preciso apresurarnos á fijar bien nuestras ideas. La educación de que aquí tratamos, como ministros y dispensadores de la divina palabra¹, es propiamente la moral, esto es, aquella que tiene por blanco la formación del corazón del hombre. De ésta, como de tal trascendencia que traspasa los límites de lo temporal, toca á la religión entender y discurrir, como de materia puesta dentro de su alcance, y á nadie con mejor derecho que á la sola religión, depositaria de las divinas enseñanzas del Salvador, le corresponde legislar sobre este punto. De la instrucción puramente literaria ó científica, como de las demás funciones á que extiende su radio la órbita de la educación, tomada en su más amplio sentido, nada tenemos que decir desde esta cátedra, hablando en nombre y con la autoridad de la Iglesia, sino que no debe exagerársela hasta el extremo de considerarla como la tarea más importante de la labor educacionista, lo cual sería incurrir en grave error, el primero y más funesto en esta materia. No, carísimos hermanos, la cultura del corazón, la formación de la parte moral del niño está por encima del cultivo de todas sus demás facultades, intelectuales y físicas, como quiera que todas en el hombre deben servir á la voluntad bien ordenada.

Tal será la primera de las ideas fundamentales que expondré brevemente en la presente conferencia, pasando en seguida á hablar de su importancia y de los factores natos ú obligados de la educación.

I.

3. Ante todo es preciso formarnos el debido concepto de la educación. Me valdré para tratar este punto de las sabias enseñanzas de la filosofía católica expuesta por notabilísimos escritores. «Es la educación», escribe uno de nuestros

¹ *Prædica verbum* . . . (2 Tim. 4, 2).

contemporáneos¹, «como la palabra misma lo dice (*educere*, elevar, sacar), un desenvolvimiento legítimo de la vida, ó sea de las potencias más nobles de nuestra naturaleza, el cual procede, como en la planta, de dentro afuera, para sacar á luz en su día los gérmenes de verdad y de virtud arrojados en el corazón del niño y del joven por una inteligencia y un corazón ya formados.» Ésta es la educación por excelencia, que ilumina el entendimiento, ennoblece los afectos del corazón, ordena la voluntad, señorea los apetitos, y hace del niño un hombre perfecto. He aquí una idea completa de la verdadera educación. Perfeccionar todas las facultades del hombre-niño, cuanto lo permite su tierna condición, es la obra del sabio educador. Cultivar su inteligencia depositando en ella la semilla de la verdad, enriquecer su memoria, sin recargarla demasiado, con útiles conocimientos, dirigir sus facultades estéticas, vigorizar sus energías físicas, modelar su voluntad con el amor del bien moral, según el tipo de toda la perfección humana, el Hombre-Dios, tal es la labor de la educación considerada en toda su amplitud. Pero si este desarrollo ha de ser como la naturaleza lo exige, armónico y ordenado, preciso es que todo el movimiento nazca del corazón y vuelva á él, que el corazón sea su punto de partida y el término á donde se dirige. Oíd á un ilustre orador sagrado exponiendo esta teoría en el centro de la moderna civilización²: «El punto céntrico desde donde despiden sus rayos la vida humana, es el corazón. El corazón es el centro de la vida, por él aspira y respira, atrae y repele, se condensa y se dilata, se concentra y se despliega; por este centro, en fin, es por donde la vida humana que no ha empezado á abrirse aún, tiende á dilatarse y á hacer, en el sentido más riguroso de esta palabra,

¹ *Ortí y Lara*, Ensayo sobre el Catolicismo.

² *P. Félix*, Confer. de Nuestra Señora de París.

su primera educación. Ved aquí por qué la primera necesidad de nuestra vida es amar.» Y ved aquí, carísimos hermanos, por qué la educación por excelencia es la educación moral, la cual no puede serlo no siendo religiosa y cristiana. La primera necesidad del alma humana es la de amar á Dios, luego la ley suprema de la educación ha de ser desarrollar en el niño esa imperiosa y noble inclinación, formar su corazón para la virtud, enseñarle á combatir el germen de toda maldad, el egoísmo. Educación que desconoce esta ley ó que, conociéndola, no sabe ajustarse á ella, no debe llamarse educación.

II.

4. Pasemos ya á tratar con mayor detenimiento, como de punto fundamental en esta materia, de la suma importancia de la educación en sí misma y en su estudio.

Para apreciarla debidamente basta fijar la atención en el interés que por su causa han desplegado de consuno los dos supremos poderes de la sociedad, la Iglesia y el Estado, no ya de hoy, sino desde los tiempos más remotos. Verdad es que la Iglesia, acusada neciamente de oscurantista y retrógrada y enemiga de las luces, ha llevado en esto, como era natural, la ventaja indiscutible. «No contenta», dice un juicioso polemista¹, «con haber librado á los niños de la antigua tiranía del Estado, que los hacía suyos y los formaba para su servicio, ni con haberlos confiado al amor de los padres, no ya como cosas, sino como personas sagradas, ... ha creado, por decirlo así, el amor sobrenatural de la niñez en almas escogidas por su nobleza, y á este amor ha confiado la educación cristiana de los jóvenes.» En efecto, carísimos hermanos, ¿quién ha propendido en el mundo más que la Iglesia católica por la buena y esmerada educación de la niñez? ¿Quién ha

¹ *Ortí y Lara*, op. cit.

trabajado con más ardor que ella para conseguirla? Ahí están para probarlo la instrucción moral y religiosa dispensada de preferencia á los niños en las escuelas y en los templos, efecto del celo maternal con que la Esposa de Cristo ha procurado siempre y procura hoy mismo salvar á la niñez y á la juventud de los peligros gravísimos que la rodean. Á semejanza del divino Maestro y por amor al amigo de los niños que decía: «Dejad que vengan á mí los niños, y no los impidáis . . .»¹, la Iglesia los atrae con dulzura á sus brazos maternales, los alecciona y fortifica con el pan de la doctrina y la leche de los sacramentos.

5. Pero hay más en la historia de la literatura y de la ciencia, y es un hecho que honra en gran manera á la Iglesia de Cristo, y nos da la medida de la importancia de la educación. Las escuelas más antiguas en el mundo moderno, después de hundidas las letras de griegos y romanos bajo las ruinas de la civilización pagana, fueron abiertas y sostenidas por la Iglesia. ¿Quién ignora que los únicos baluartes del saber humano, en aquellos tiempos de general ignorancia y de barbarie, fueron los claustros de los monasterios? Y no solamente bebían en aquellas fuentes de la ciencia los monjes consagrados á la oración y al estudio, sino que al lado de los viejos solitarios se educaban los tiernos y piadosos niños, alejados del bullicio del mundo, casi desde la infancia, para entregarse de lleno á la práctica de las virtudes y al cultivo de las letras divinas y humanas. Ni eran sólo los que deseaban consagrarse á las sagradas funciones los admitidos en aquellas escuelas monásticas, sino también los demás niños y adolescentes que aspiraban á poseer alguna ilustración en época de tanta oscuridad para la inteligencia como de barbarie para las costumbres. Los seminarios y escuelas clericales edificábanse junto al templo,

¹ Luc. 18, 16.

en las casas mismas de los obispos y de los párrocos, quedando así bajo la inmediata dirección ó inspección de los pastores la educación de la juventud¹. Las escuelas se multiplicaron entonces de un modo prodigioso por decretos de los concilios, y no se crea que en ellas no se enseñara otra cosa más que la religión, pues se extendía la enseñanza á la gramática, la retórica, la geometría, la aritmética y hasta á las lenguas extranjeras, formando un cuadro de asignaturas que á muchos parecerá increíble. Pasemos por alto, como hecho de todos conocido, la fundación de las grandes y célebres Universidades de la Edad Media, donde brillaron los mayores ingenios que ha tenido el cristianismo, y se educaron infinitas generaciones, toda la juventud estudiosa de la Europa católica. París, Oxford, Bolonia, Salamanca . . . ¡qué centros de cultura fundados y sostenidos por la Iglesia!

6. En siglos posteriores, hasta las épocas más recientes, puede asegurarse que la mayor parte de las escuelas y colegios abiertos para la juventud, especialmente de las clases sociales menos acomodadas, lo mismo que los establecimientos de caridad, fueron fundados y dotados con pingües rentas por personas eclesiásticas, comúnmente prelados ú otros altos dignatarios del clero. España y demás países católicos están llenos de estos monumentos del celo de la Iglesia por la educación. Colombia puede señalar como prueba los afamados Colegios del Rosario y San Bartolomé. Hoy mismo, en esos desgraciados países donde la secta anticristiana dominante ha logrado envenenar las fuentes de la enseñanza, aun la primaria, con doctrinas corruptoras, materialistas ó ateas, la Iglesia lastimada en sus más caras afecciones, no pudiendo luchar á brazo partido con la fuerza material, empeña todo su prestigio y sus recursos en levantar cátedra contra cátedra, fundando

¹ *Perujo*, Dicción. de cienc. eclesiást.

escuelas cristianas en frente de las oficiales y laicas. Para eso cuenta con legiones de soldados veteranos, avezados á estas lides, como son las Órdenes religiosas dedicadas exclusiva ó principalmente al magisterio, que, aun cuando vienen de muchos siglos atrás, han tomado en el presente un vuelo extraordinario, poblando el mundo entero de escuelas y colegios, adonde afluyen en masa niños y jóvenes de toda condición y sexo. ¡Ah! no, carísimos hermanos, la Iglesia de Cristo no puede hoy ni nunca mirar con indiferencia la suerte de la querida niñez que, en definitiva, es la suerte de la humanidad. Y en cuanto á los países católicos donde afortunadamente es reconocido y acatado su derecho de dirigir las almas al cielo, y por consiguiente, de sustraerlas al error y al vicio, la autoridad eclesiástica reivindica y ejerce el de vigilar la educación moral y religiosa aun en los establecimientos públicos de enseñanza superior. Podríamos añadir á las pruebas aducidas los reglamentos dictados oficialmente por la Iglesia para dirigir las escuelas, como también los innumerables y sabios escritos de los Padres y Doctores particulares enderezados al mismo objeto, y finalmente el ejemplo dado por tantos varones ilustres por el nacimiento, el saber y la virtud, que consagraron su vida entera al penoso ministerio de la pedagogía. Aquí se alzarían ante vosotros las grandes y venerables figuras de los Jerónimos, Basilio, José de Calasanz, Juan Bautista de la Salle, Fenelón y tantos otros. Pero bastan los hechos de que hemos hecho mérito para demostrar la importancia que atribuye la Iglesia á la educación.

7. No menor se la concede el Poder público. Prescindiendo de lo acaecido en tiempos anteriores al nuestro, para no extendernos demasiado, las sociedades del día están sedientas de educación. Es nota característica de nuestro siglo. Los gobiernos que aspiran á merecer bien de la sociedad, cifran su gloria en promoverla é impulsarla.

Jamás se ha visto tanto movimiento en el ramo de instrucción pública, jamás se han erogado á favor de ella tan enormes sumas. Por desgracia se confunde muy frecuentemente la educación con la instrucción. Se cree que instruyendo á las masas, resultarán estas educadas, por más que la experiencia va enseñando lo contrario. Fuera de esto es preciso confesar que no todos los agentes de este gigantesco movimiento hacia el saber, proceden con la intención más pura y desinteresada, buscando el verdadero bienestar de los pueblos: hay de por medio bastardos intereses de secta y bandería que convierten en algunas partes la enseñanza en arma de irreligión é impiedad. No se pretende instruir para moralizar, sino al contrario, para corromper. La instrucción esclavizada en muchos países al ministerio público, herida en uno de sus más inviolables derechos, la autoridad paterna, viene siendo el día de hoy una de las más poderosas palancas de la demoralización social. Bien lamentable es esta situación, pero esto mismo está probando la importancia incalculable de la cuestión que nos ocupa, cuestión de vida ó muerte para las sociedades. No está el negocio en enseñar, sino en formar hombres útiles por medio de la escuela. Ésta, de suyo indiferente, según la mano que la dirija, tanto puede dar frutos sabrosos como amargos. En la escuela se beben los errores más funestos, como las más sanas doctrinas. En todo caso su influjo es inmenso para el bien ó para el mal. Por eso notaréis que le han prestado la mayor atención todos los sabios, legisladores y filósofos, desde la más remota antigüedad. Más aún; la importancia de la educación es de sentido común entre todas las gentes sensatas, de tal suerte que no parece debiéramos ocuparnos en patentizarla. Sin embargo, no creo inútil inculcarla una vez más.

8. Digámoslo rotundamente. La educación tiene en sus manos la suerte temporal y eterna del individuo, el

porvenir de la religión y el progreso ó ruina de la sociedad. «Las desastrosas revoluciones que agitan nuestro siglo», dice un conocido escritor¹, «apenas debemos estudiarlas en otro origen para encontrarles explicación.» «Si el nombre santo de Dios», opina el P. Félix², «y el conocimiento y la práctica de su ley no se acaban de borrar por completo de la presente y de la futura generación, se deberá sin duda al oscuro trabajo de esos apóstoles de la niñez. . . .» ¿Á quién no espanta y sobrecoge esta asombrosa trascendencia de la educación? Y en cuanto á los que por deber ineludible están llamados á encargarse de ella, ¿cómo no tiemblan ante la grave responsabilidad que les apareja su misión indeclinable? No hay persona de algún peso á quien no preocupe á la hora presente la cuestión de la educación popular. Mirarla con indiferencia es imposible, porque se han palpado ya, y aun se están palpando las consecuencias de la educación extraviada, antisocial y anticristiana. Todos, pues, debemos ocuparnos en este grave asunto que, de un modo ú otro, á todos atañe, y la necesidad de hacerlo así no es sino el natural corolario de la importancia que encierra la educación, tal y tan grande que la coloca en el número de las grandes cuestiones morales y sociales del día. Basta decir que viene á indentificarse y confundirse con la cuestión cardinal llamada del progreso humano. Oíd algunos conceptos del ilustre abogado del progreso por medio del cristianismo³: «En la raíz misma de las cosas, se descubre la íntima unión que hay entre la educación del hombre y el progreso de la humanidad. . . . Progresar es para el hombre aumentar su valor, y lo que sobre todo da valor al hombre, es la educación del niño. . . . La educación es el hombre mismo, el hombre con todo lo que vale, con su fisonomía, que es la expresión de su valor, y con su signo propio,

¹ Sardá y Salvany.² Op. cit.³ El P. Félix, S. J.

que es el reflejo de su fisonomía. . . . La educación no sólo distingue al hombre de los demás seres de la creación, como el único ser *educado*, sino que todavía distingue más á los hombres entre sí, y considerada en el conjunto de la humanidad, señala en ellos los diferentes grados de la civilización. . . . La civilización verdadera es el progreso, y éste está íntimamente enlazado con la educación. . . . Un hombre civilizado es un hombre bien educado, un bárbaro es un hombre mal educado. Lo mismo puede decirse de los pueblos. Véase por qué la educación ofrece en los pueblos civilizados un interés permanente, y por qué, en este siglo que va en busca del progreso, tiene un interés de actualidad todavía mayor.» Sí, carísimos hermanos, es preciso que la educación no quede rezagada, que se eleve su nivel á la altura de los demás ramos del progreso general á que hoy aspiran todas las naciones. Sin esto la civilización será más aparente que real y verdadera.

Pero si á todos interesa la cuestión de educación, á ninguno más que á los padres de familia, porque ellos son sus primeros y principales factores, como vamos á ver en tercer lugar.

III.

9. Verdad es que entre ellos apenas se encontrará alguno tan indolente y casi dijéramos desnaturalizado, que al ver crecer á sus hijos no se desvele pensando en la necesidad y en los medios de educarlos, aun fuera del santuario del hogar. Y ¡cuántos sacrificios no se imponen con este objeto! y ¡cuánto no se afanan por ver realizados sus dorados ensueños! y ¡cómo se desviven por dejar á sus queridos hijos, como la más rica herencia, una esmerada y completa educación! En se esto no hacen más que cumplir con un deber sagrado, al paso que satisfacen los más puros instintos de su corazón de padres. Á ellos, pues,

van dirigidas de preferencia estas lecciones de la cátedra sagrada. Entendedlo bien, ¡oh padres de familia! vuestro deber acerca de este punto es indeclinable, fundado como está en un derecho, no humano sino divino, no sólo positivo sino natural. Y sin embargo, ¡cuántos padres lo olvidan, ó no lo cumplen sino á medias! Sensible es el descuido práctico de no pocos padres acerca de esta obligación y no lo es menos que prevalezcan en la conciencia de muchos los más peligrosos errores sobre la manera de cumplirla, nacidos principalmente de su ignorancia sobre la materia ó de una culpable irreflexión. Corren por esos mundos teorías absurdas, descabellados sistemas de educación que no pocas veces halucinan con el falso brillo del sofisma á padres demasiado cándidos ó de escaso criterio para discernir lo verdadero de lo falso; y, por otra parte, los enemigos de la Iglesia y de la sociedad que se disfrazan con la careta de amigos del pueblo y portaestandartes del progreso de las luces, no se dan punto de reposo en su obra nefaria de propalar doctrinas seductoras y fundar establecimientos de enseñanza, no para educar, sino para extraviar y corromper á la pobre juventud. ¡Alerta, padres de familia, con los lobos carnívoros revestidos con pieles de ovejas! No aceptéis para vuestros hijos otro plan de educación que el que esté calcado sobre la doctrina católica. En ningún caso podréis traspasar totalmente á otras personas la obligación de educar moralmente á vuestra prole, por más que consintáis en cederles parte de vuestros derechos de padres. Factores son también de la educación, pero nada más que secundarios, el sacerdote y el maestro, mas no debe creerse que éstos, por más hábiles y consagrados que sean á su ministerio, puedan llenar plenamente el lugar que á los autores de la existencia ha señalado la naturaleza, Dios mismo, Autor de toda existencia finita. Podrán entrar á la participación de la carga, dice un sabio

escritor¹, pero nunca á llevarla entera sobre sus hombros, dejando al padre exonerado. Así lo comprendía el gran San Luis, rey de Francia, IX de este nombre, modelo de padres como lo fué de cristianos y monarcas. En medio de los mil cuidados de la administración pública de su vasta monarquía, el rey santo no dejaba pasar un solo día sin reunir en torno suyo á sus hijos, examinar su conducta, informarse de todas sus acciones y hacer que le diesen cuenta de sus adelantos en la escuela. ¡Qué contraste con el proceder de aquellos padres que llegan hasta el abandono de sus deberes primarios, no dándose cuenta de la buena ó mala conducta que llevan sus hijos!

10. Factores son éstos también y necesarios, de su propia educación, como agentes racionales dotados de libre albedrío para labrarse con sus manos su felicidad temporal y eterna. Por sí solos difícilmente podrían lograrlo, pero tampoco tendrían resultado los desvelos y fatigas del mejor de los padres sin la buena voluntad y la cooperación de los hijos. Éstos no son *cosas*, como malamente pensó la sabiduría gentilica, ni son propiedad del padre ó de la república, á manera de esclavos ó bestias que se educan, si así puede decirse, con la fuerza material; son personas tan sagradas como los padres, dotadas de espíritus inmortales en quienes resplandece la imagen y semejanza de Dios, y destinados á reinar eternamente con él; deben, pues, ser educados como tales, con el concurso de su inteligencia y libertad. Conviéneles, por tanto, dedicar desde muy temprano su atención al estudio de la labor bendita de que han de ser obreros ellos mismos, á fin de no frustrar por su parte los esfuerzos de tantos agentes aunados para tan noble objeto. Á ellos también tendremos que dirigirles á su tiempo saludables advertencias y caritativas exhortaciones.

¹ El Cardenal de la Luzerne.

II. Resumiendo, para concluir, ved aquí, carísimos hermanos, trazado en pocas palabras el cuadro de las conferencias morales sobre la educación que nos proponemos desarrollar, contando con los auxilios de lo alto y vuestra indulgente atención. Sentada la base del matrimonio cristiano, aparecerá la paternidad como fuente primordial de la educación. Ésta deberá llevarse á cabo, según las disposiciones de la Sabiduría infinita, ordenadora de todos los efectos, por medio de la autoridad de que ella misma ha investido á la paternidad humana, llamando en su auxilio al sacerdocio doméstico, y mediante el concurso de la libertad. Entonces aparecerá en toda su belleza el fruto sazonado de la educación. Y ya que hemos considerado seriamente su importancia, echando los cimientos de esta obra colosal y magnífica, apliquemos nuestros brazos para levantarla hasta la cúspide, desde donde podremos entonar un himno á la gloria de Dios y á la ventura de la sociedad.

SEGUNDA CONFERENCIA.

El matrimonio, base de la educación.

1. Demos principio, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo, sin otro preámbulo que implorar los auxilios divinos, al desenvolvimiento del plan de nuestras conferencias, asentando, como verdad incontestable, la aserción del ilustre Cardenal Donnet: «La educación está en germen, en el matrimonio.» De donde infiero que la educación carecería de base si Dios no la hubiese afianzado firmísimamente en el matrimonio cristiano, porque éste, con la admirable perfección que lo adorna, y nada más que él, puede considerarse como base y sólido cimiento de la educación. A él, pues, debe entenderse referido todo cuanto digamos en esta conferencia, como á la única unión

conyugal que merece decorarse con aquel nombre sagrado y honorable¹. Ni el matrimonio pagano, con todas sus leyes, tiránicas muchas de ellas y contrarias á la razón, ni su remedo, el llamado matrimonio civil, engendro del moderno paganismo, constituyen bases sólidas é indestructibles sobre que pueda levantarse el edificio de la formación moral de la familia. Por eso, al presentar la educación por este aspecto, resultará necesariamente vindicada la dignidad y nobleza del verdadero matrimonio, diseñado sobre el tipo del primero que bendijo Dios en el paraíso.

2. La cuestión, pues, en que vamos ocupándonos, se ensancha maravillosamente á nuestra vista, extendiendo sus límites hasta esa grande y sublime institución en que estriban la grandeza y la perpetuidad del género humano. ¿Quién puede desconocer las estrechas relaciones que ligan al matrimonio con la educación? Para reconocerlas bastaría tender una mirada en derredor. ¿Quiénes son por lo común, esos pobrecitos niños, desheredados de las ventajas de que gozan aquellos otros afortunados mortales para quienes guarda sus cuidados exquisitos la mano que se ocupa en pulirlos y hermosearlos? ¿quiénes son esas infortunadas criaturas que no participan sino á medias de los beneficios de la educación? ¡Ah! bien lo sabéis, no suelen ser sino los seres humanos que vinieron al mundo como frutos vedados de uniones ilegítimas y vergonzosas, ó bien aquellos otros dignos de mejor suerte, á quienes la desgracia relegó á la categoría de huérfanos, como si no hubiese habido para ellos padre y madre que les dieran el ser. Poned el matrimonio, y veréis surgir, en cualquiera condición social, alta ó baja, el ángel de la educación. Suprimidlo, y ese ángel tutelar de la niñez no deja ver su faz risueña. Hijos del acaso, entregados de ordinario á la solicitud de una infeliz mujer que, perdido el honor, carece tal vez de apoyo

¹ *Honorabile conubium* (Hebr. 13, 4).